

IMPERIO, DEMOCRACIA

-- Mario Arrubla --

Hace algunos años, un europeo –un individuo del montón, entrevistado en la calle por un periodista sobre las cercanas elecciones presidenciales en Estados Unidos– expresaba de manera sentida la siguiente queja: “Siendo que la suerte del mundo entero depende en gran medida de lo que haga el gobierno de Estados Unidos, ¿por qué no podemos participar todos con el voto en la constitución de ese gobierno?” Era un lamento comprensible en términos humanos, y justificado en términos de lógica democrática. Pero si todos los pueblos y países cuya suerte –incluida la posibilidad de su destrucción– depende en medida importante de las políticas de Estados Unidos, fueran a participar en el proceso de elegir el gobierno de ese país, no debería hablarse propiamente de un poder imperial sino de algo parecido a un gobierno universal (cualesquiera que fueran sus limitaciones, deficiencias, imperfecciones). Un radical dirá que con eso no se adelantaría nada, que la democracia es una ficción: el gobierno de Estados Unidos no actúa realmente atendiendo la voluntad de la mayoría de su población (ver Chomsky), y de ser constituido por elecciones universales (utopía aceptable con fines especulativos), ese gobierno tampoco actuaría según la voluntad y las legítimas necesidades de la población del mundo. Eso es verdad. El poder consiste siempre en la capacidad de decidir la suerte de aquellos sobre los cuales se ejerce sin tener realmente en cuenta su voluntad, y la democracia, siendo un sistema de poder, no desmiente esa definición.

Pero un radical hace mal si no ve diferencia entre un orden imperial y una imaginada democracia universal, o sea, si como hacen los anarquistas, afirma que las diferencias en formas de poder carecen de importancia y significación. Eso es un error. La democracia tiene mucho de ficción, pero es una ficción que requiere un trabajo real –del que puede quedar algo. El gobierno estadounidense, por ejemplo, tiene que trabajar duramente –desde el orden estrechamente electoral hasta el orden cultural– para ganar apoyo en favor de sus políticas, y ese esfuerzo, tanto como el esfuerzo contrario de los que se resisten, es parte esencial de lo que se llama la vida política del país. Bajo la democracia, los agentes que ejercen el poder estatal tienen que emplear todos los instrumentos que parezcan útiles para propagar concepciones, creencias, ideas de corte racional o mítico capaces de formar corrientes de opinión –los aparatos ideológicos de que hablaba Althusser–, y movilizar, en respaldo de esos aparatos, las fuerzas económicas dominantes y los sectores profesionales influyentes: periodistas, publicistas en ciencias sociales, académicos, filósofos. Profesiones enteras –la economía y el derecho en primer lugar– son “cooptadas” por el régimen imperante necesitado de revestir apariencias de racionalidad y legalidad. Parte de los integrantes de esas profesiones piensan y se pronuncian según conveniencias de status socioeconómico; los restantes evitan asumir posiciones políticamente comprometedoras, callan y se hacen los muertos llevados por la voluntad –respetable pero limitante– de mantener una vida personal libre de incidencias azarosas. Si el bloque de poder se debilita, el conformismo interesado o forzado de las clases medias profesionales también se debilita, y todo ello forma parte de la dramática aventura de la democracia. Dura y teóricamente imposible

parece la tarea de la democracia: un juego de ideas y opiniones legalmente libres llamado a sancionar electoralmente el poder de una minoría a menudo psicopática y despiadada (piénsese, por ejemplo, en G. W. Bush y su pandilla). Otra cosa es el imperio, el manejo de pueblos y territorios extranjeros con base en relaciones de fuerza. Si la democracia se confunde con el vasto conflicto de concepciones que es la vida política del país, y si los regímenes democráticos deben librar luchas ideológicas que nunca cesan, el imperio afronta una tarea más bien grosera cuando decide sobre la vida y muerte de pueblos marginales. El poder imperial, por ejemplo, pone a Latinoamérica a suscribir el Consenso de Washington usando las presiones de unas pocas entidades financieras – vale decir, usando el poder monetario–, o invade y destruye a Irak expidiendo una orden militar. En comparación con los complejos procesos político-ideológicos requeridos en democracia para la realización de proyectos domésticos incluso menores, los actos imperiales están próximos a la barbarie, ajenos como son al debate de las ideas y a un proceso de formación de opinión en los países extranjeros intervenidos.

(Mayo 2016)